



CEU

*Universidad
San Pablo*

Inauguración Curso Académico 2010-2011

**La Arquitectura de la formación humana:
*el Campus Didáctico como Eutopía***

Pablo Campos Calvo-Sotelo

Doctor Arquitecto

Profesor Agregado de Composición Arquitectónica

Universidad CEU San Pablo

La Arquitectura de la formación humana: *el Campus Didáctico como Eutopía*

Pablo Campos Calvo-Sotelo

Doctor Arquitecto

Profesor Agregado de Composición Arquitectónica

Universidad CEU San Pablo

Universidad CEU San Pablo

La Arquitectura de la formación humana: el Campus Didáctico como Eutopía

Pablo Campos Calvo-Sotelo
Doctor Arquitecto
Profesor Asociado de Composición Arquitectónica
Universidad CEU San Pablo

La Arquitectura de la formación humana: *el Campus Didáctico como Eutopía*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2010, Pablo Campos Calvo-Sotelo
© 2010, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU Ediciones
Julián Romea 18, 28003 Madrid
www.ceuediciones.es

Depósito legal: M-39424-2010

Fundamentos de partida: formación humana, lugar social y Arquitectura

"Los objetivos básicos de la educación deben ser aprender a aprender, aprender a resolver, aprender a ser".

Miguel de Unamuno

La misión última de toda Universidad es la formación integral de la persona. El escenario en el que desarrolle su trascendental actividad ha de estar, pues, impregnado de un sentimiento: la maestría en humanidad.

Partir de dicha premisa aportará las claves con las que afrontar adecuadamente el diseño de las diversas estructuras que componen el organismo universitario: ideología, gestión, modelo pedagógico, vinculación al contexto sociourbano y dimensión urbanístico-arquitectónica. Y, como cimiento universal, una comprometida actitud para con el alumno, que combine exigencia y cercanía.

Como Institución entregada a la construcción ética y profesional del individuo, la Universidad debe delinear todos y cada uno de sus rasgos nutriéndose de su fundamentación en valores, ya que esto la distingue cualitativamente de otras organizaciones sociales. Una especificidad de la que, por cierto, hacen expresa gala la Universidad CEU San Pablo.

Si ya el pensamiento platónico identificaba como meta de la educación virtuosa la conversión del estudiante de hoy en el ciudadano del mañana, no debe desdeñarse en la coyuntura actual ni un ápice la vigencia de tal principio. La Universidad, a escala internacional, transita por tiempos de mudanza, en los que se destaca con nitidez la necesidad de un compromiso

con la sociedad. La denominada "Tercera Misión" no hace sino revalidar una toma de conciencia histórica de las instituciones educativas respecto a los contextos ciudadanos.

Establecidos pues unos sucintos principios generales, es preciso avanzar en los pormenores que afectan a la calidad del proceso formativo.

La Universidad contemporánea es el escenario donde orientar la formación del ser humano, proceso en el cual debe mantenerse viva una estrecha conexión con el contexto sociourbano. Carecería de coherencia desvincular la una del otro. Más aún, el individuo incrementará su integración social en la medida en que optimice, a título personal, su bagaje en valores; *a contrario sensu*, la sociedad programará sus conocimientos colectivos a través del proceso educativo. Queda de esta forma delineada una sutil reciprocidad que el profesor Castrejón Díez señalaba años atrás:

"La educación es un proceso de adaptación ideado por la sociedad para que un hombre entre en equilibrio consigo mismo y con ella".¹

Educar para convivir; convivir para aprender.

En este punto, cabe colegir la importancia que atesora el espacio físico, como escenario material donde debe producirse el insoslayable contacto sobre el que se fundamenta la construcción exhaustiva del ser intelectual y social: su misión.

"Por misión entendemos la función básica y, al menos, relativamente permanente de la institución; su finalidad última y razón existencial".²

Como ingrediente insustituible de dicha razón existencial, la Arquitectura interviene en la formación humana.

La Universidad es vanguardia intelectual, pero también está convocada a postularse como paradigma arquitectónico. Su razón de ser está umbilicalmente ligada a la referida formación integral, para lo cual debe valerse de múltiples recursos; el principal es el capital humano, pero ha de conocerse que la Arquitectura es capaz de generar bienestar, y transmitir valores..., esto es, incrementar la motivación de quien la vive cotidianamente como escenario de aprendizaje.

Expresado en otros términos: la educación es un hecho espacial, y un hecho colectivo. En esta segunda cualidad reside otra conexión redundante con la Arquitectura, tal y como lo expresa Aldo Rossi:

¹ Castrejón, Jaime, *El concepto de Universidad*. México: Ed. Trillas, 1982, p. 203.

² Pulido, Antonio, *El futuro de la universidad*. Madrid: Delta, 2009, p. 47.

"Arquitectura, en sentido positivo, para mí, es una creación inseparable de la vida y de la sociedad en la cual se manifiesta: en gran parte es un hecho colectivo".³

Que la educación sea un hecho espacial y colectivo importa consecuencias beneficiosas. La relación directa entre los miembros de una comunidad trasciende a una mera circunstancia contextual. La proximidad entre los actores del aprendizaje va mucho más allá de ser un mudo testigo del proceso formativo del individuo, pasando a ser factor determinante del incremento de saberes y de valores de este último. El conjunto de conocimientos que es capaz de alcanzar el grupo supera siempre a los sumandos parciales. La convivencia real estimula el avance, siendo portadora en sí misma de valores didácticos, como invitaba a comprender el renombrado profesor iberoamericano recordado líneas atrás:

"El límite de espacio vital en nuestros días nos obliga a vivir en mayor contacto con las demás personas y este fenómeno hace importante la idea de fomentar la convivencia como parte de la educación".⁴

Si se traslada esta visión al ámbito específico de la Universidad, puede constatarse históricamente que desde su génesis como institución, ha acompañado sus diferentes modelos ideológicos, pedagógicos y sociales con un formato urbanístico-arquitectónico diseñado *ad hoc*. Muestra de semejante vocación puede hallarse en las *Siete Partidas*, donde Alfonso X el Sabio subrayaba de modo pionero la importancia del lugar donde ubicar el *Estudio General*:

"De buen aire e de fermosas salidas debe ser la Villa do quisieren establecer el Estudio."

En una lectura paralela, es factible verificar que el ser humano ha perseguido secularmente valerse de un asentamiento idóneo. La ciudad ideal, como afán filosófico y proyecto construible, ha inspirado incontables propuestas de agrupación humana. En palabras del historiador Bonet Correa:

"El tema de la ciudad perfecta e ideal es el privativo de aquellos que no acaban de aceptar la realidad de la ciudad histórica y que ya desde las creencias religiosas o desde una ideología, en el fondo tan mística como la de los piadosos, creen en la salvación del alma colectiva por medio de la comunicación espiritual de los individuos".⁵

³ Rossi, Aldo, *Para una arquitectura de tendencia. Escritos 1956-72*. Barcelona: Gustavo Gili, 1977, p. 203-204.

⁴ Castrejón, Jaime, *Op. cit.*, p. 204.

⁵ Bonet, Antonio, *La ciudad ideal: realidad y utopía*, en *La Ciudad del Futuro*. Madrid: Instituto de España, 2009, p.151.

Y la urbe nunca ha estado plenamente ajena a las instituciones docentes. Vida en común y elevación espiritual, rasgos comunes a la ciudad y al lugar de la educación.

En relativo paralelismo a la búsqueda de aquella ciudad ideal, la Universidad ha anhelado alcanzar una "Ciudad del Saber" revestida de excelencia. Durante casi diez siglos, la calidad en la Enseñanza ha procurado revestirse de un aparataje espacial análogamente cualificado. El modelo universitario medieval se identificó con el claustro; la Universidad europea tradicional, con los conjuntos policéntricos insertos en los cascos urbanos; el paradigma norteamericano del campus lo hizo con el patrón de metrópolis autosuficiente, etc... Durante la longeva trayectoria de la Enseñanza Superior, no ha habido ninguna tipología académica y vivencial que no se haya acompañado de un cuerpo edificado ajustado a su perfil.

No puede entenderse, pues, Educación sin contacto humano, ni éste sin Arquitectura.

Ahora bien, el espacio físico en el que se desenvuelve la Universidad posee dos planos esenciales de proyección: el primero se circunscribe a su área de movimiento interna (asociable a la idea genérica de "campus" o recinto diferenciado propio); el segundo se extiende hasta el territorio circundante, normalmente ocupado por el tejido urbanístico al que está ligada la Universidad. Entre ambos, se ubican las zonas de transición y límite, habitualmente protagonizadas por elementos arquitectónicos. El primer escenario remite a una microdimensión fuertemente cosida a la relación estrecha entre los usuarios del complejo docente; el segundo, de corte macroescalar, dibuja el territorio del encuentro entre Universidad y Sociedad. Ambas dimensiones forman parte indisoluble del organismo universitario actual, cuya vocación de interacción social ha de combinarse con el cumplimiento reglado de sus fines estrictamente curriculares.

La arquitecta norteamericana Susan Painter⁶, autora de valiosos estudios sobre la psicología del espacio en la formación humana, subraya que todo campus posee tres tipologías de lugares interrelacionados: sociales, privados y de aprendizaje. Esta sencilla pero sólida tríada podría utilizarse para centrar buena parte del debate venidero sobre la recualificación de los complejos dedicados a la Enseñanza Superior, en el buen entendimiento de que cuanto sucede en su seno debe trascender a una mera función instructiva o curricular.

⁶ Painter, Susan, *Neuro-biology, Species Survival, & Campus Spatial Archetypes*, Society for College and University Planning, Annual Conference, 2003.

La coyuntura presente, que pone el acento en la necesidad de coordinar armónicamente la Enseñanza Superior con el contexto general no es sino una versión renovada de un compromiso histórico entre Universidad y Sociedad. Y es aquí donde la Arquitectura juega un rol básico, para que pueda cristalizar el lugar social didáctico, esto es, el escenario para el encuentro de ambas entidades.

El panorama universitario español, y el europeo, muestran actualmente una situación susceptible de optimización en cuantas facetas que ligan calidad de la docencia y calidad del entorno. La Universidad CEU San Pablo no es ajena a esta circunstancia, y su energía de progreso será una eficaz herramienta para que sea capaz de algo que está a su alcance: liderar el cambio.

La mayoría de los campus internacionales sobreviven a las sacudidas instadas desde la tradicional dicotomía integración *versus* segregación. Esta dualidad no es sino el encabezado de la tensión conceptual existente entre la Universidad inserta en el contexto urbano (entendida en consecuencia como sustrato social), y aquella otra tributaria de la utopía de la insularidad, que busca constituirse en un mundo aislado y autosuficiente. El primer modelo hunde sus raíces en nueve siglos de historia educativa del Viejo Continente; el segundo bebe en las fuentes del paradigma norteamericano. Sin embargo, y con independencia de sus correspondientes antecedentes, ambas concepciones de la Universidad reclaman hoy una atención de la que han carecido en las últimas décadas.

Es tiempo de tránsito hacia la excelencia.

La Universidad ha ejercido históricamente una destacada tarea como promotora de innovación. El lugar sobre el que se decide la implantación de un complejo docente comienza a emerger un fascinante proceso centrífugo de recualificación sociocultural, económica y urbanística que supera los límites del propio marco recintual, e inunda el entorno. Sin embargo, esta capacidad no ha sido siempre explotada adecuadamente. De manera especial durante la segunda mitad del siglo XX, la ausencia de criterios de planificación, así como la escasa fe en las posibilidades de la Universidad como factor de desarrollo, han restado posibilidades a la Institución para ejercer un verdadero impulso de promoción integral. Más bien en sentido opuesto, la toma de decisiones sobre la ubicación y trazado de las sedes universitarias ha carecido de la siempre exigible ambición en la asunción de valores culturales y de la adaptación al lugar. Uno de las influencias más negativas llegaría en la centuria pasada al Viejo Mundo a través de la creación de innumerables campus presuntamente inspirados en el paradigma norteamericano que, sin preocuparse en entenderlo debidamente, acabaron generando un

rosario de monumentos a la incultura. La nefasta consecuencia se tradujo a la siembra de multitud de conjuntos académicos lastrados por su ignorancia del escenario social, cultural y patrimonial; una deriva especialmente denunciabile en un marco tan extraordinario como lo es el de las metrópolis europeas.

"El nuevo paisaje universitario traduce el mimetismo implantador de los campus periféricos, de influencia norteamericana, nichos zonificados y descontextualizados sobre espacios periurbanos, como cuerpos extraídos a la ciudad, ghettos de segregación formal, social, económica y ambiental entre la comunidad universitaria y la cívica".⁷

Pese a todo ello, la frustrante herencia que muchos campus españoles y europeos han tenido el infortunio de recibir, no deben ser óbice para descuidar un ejercicio de reflexión operativa que se hace cada día más imperioso. La Universidad, siendo sensible a los valores esenciales sobre los que se apoya, necesita reformular sus diferentes planos de proyección, acometiendo una tarea de construcción futura basada en la necesidad de la calidad global, y en la especialización en materia docente, investigadora y de compromiso social.

Surge en este punto la duda pragmática: ¿qué herramienta conceptual y operativa sería la más adecuada para afrontar el salto cualitativo que merecen los recintos dedicados a la Educación Superior?

Pese a la tormenta de dinámicas generadas por el Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) en aspectos curriculares, no han existido fuera o dentro de España pautas, criterios o normativas que regulen la mejora en las infraestructuras. En España, ni la Ley Orgánica de Universidades ni el Informe "Universidad 2000" desarrollado por la CRUE recogen mención alguna a la dimensión arquitectónica de la Educación Superior. Un inexplicable vacío que debe rellenarse. En descargo de esta carencia a escala nacional, cabe matizar que el contexto internacional tampoco ha aportado nada significativo en este plano: desde la Declaración de la Sorbona (1998), no hay escrito alguno sobre el espacio físico, ni en su dimensión urbanística (relación con la ciudad), ni arquitectónica (el campus). El EEES propugna el aprendizaje centrado en el alumno, pero sin ocuparse de las consecuencias tipológicas en aulas, edificios o complejos globales. Esta ausencia constituye una seria amenaza para que cristalice la ansiada calidad. Pero se pecaría de injusticia con la historia reciente si no se reconociera la iniciativa "Campus de Excelencia Internacional" que, al amparo de la Estrategia Universidad 2015, promueve desde 2009 el Ministerio de Educación a través de la Secretaría General de Universidades.

⁷ Campesino, Antonio, *Territorio, Ciudad y Universidad, La Ciudad del Saber*. Madrid: COAM, 1995, p. 135.

Así lo sintetizaba Màrius Rubiralta en el libro editado con motivo de la convocatoria de 2009:

"El programa Campus de Excelencia Internacional debe inscribirse como una de las acciones transversales de los ejes estratégicos de Universidad-Ciudad-Territorio, de la contribución socioeconómica de las Universidades en el Territorio y de Universidades Sostenibles que forman parte del ámbito del "Entorno" dentro de los cuatro que constituyen la Estrategia Universidad 2015 (misiones, personas, capacidades y entorno)".⁸

El Programa "Campus de Excelencia Internacional" ha sido un proyecto inédito en España, pero contemporáneo de otros análogos impulsados en Europa. En Alemania, se lanzó la estrategia "*Initiative for Excellence*", que pretende abarcar un periodo cronológico entre los años 2006 y 2012. En el Reino Unido se lanzó una iniciativa semejante, denominada "*A new University Challenge (DIUS, 2008)*", asociada a la estrategia "*Strategic Development Fund (SDF)*". En Francia, cabe citar los "*Pôles de Recherche et d'Enseignement Supérieur (PRES-2006)*" y el propio "*Programa Campus*".

Estas políticas de modernización universitaria que están felizmente alumbrándose a escala internacional en el inicio del siglo XXI, no pueden circunscribirse exclusivamente a la esfera de la acción administrativa. El proceso de innovación en la Enseñanza Superior en general, y muy concretamente en el aspecto de la implantación urbanístico-arquitectónica, necesita un soporte procesal, de forma que las instituciones puedan disponer de un bagaje suficientemente estructurado de conceptos y procedimientos que las ayuden a encarar la planificación estratégica de su conversión a "Campus de Excelencia".

Es, en efecto, tiempo de tránsito hacia la excelencia; un tránsito razonado y pragmático, pero cargado de utopía. Aunar la energía utopista y la voluntad de acción está al alcance de la Universidad, como antaño lo estuvo en manos de los urbanistas decimonónicos, que lograron introducir un cambio histórico en la componente ética del diseño de la ciudad:

"La tendencia de los utopistas a intervenir en el acto, sin esperar una reforma general de la sociedad adquiere en ese sentido un valor permanente de estímulo, y la ciudad ideal por ellos imaginada entra en la cultura urbanística moderna como un modelo henchido de generosidad y de simpatía humana".⁹

⁸ Campos, Pablo, *España-Campus de Excelencia Internacional*. Madrid: Ministerio de Educación, 2010, p. 292.

⁹ Benevolo, Leonardo, *Orígenes del Urbanismo Moderno*. Madrid: Celeste, 1992, p. 114.

Por ello, en el epígrafe siguiente se formula una propuesta de itinerario metodológico, revestido de impronta conceptual, que tiene por meta aportar al sistema universitario un guión teórico y operativo que sirva como base para estimular la necesaria planificación de la metamorfosis de los campus hacia la ansiada calidad internacional. Y servir como procedimiento para que los espacios físicos acompañen a la actitud humana, verdadero alma del aprendizaje.

Antes de proceder a desglosar los argumentos que arman la filosofía del “Campus Didáctico”, es preciso avanzar algunas consideraciones contextuales sobre el marco general donde se podrá aplicar este concepto innovador.

Como respuesta tanto a la inaplazable revisión de los modelos construidos de la Universidad, como a la adaptación física al EEES, los principios del “Campus Didáctico”, que se explicarán a continuación, pueden aplicarse en cuatro esferas distintas, susceptibles de ser catalogadas como la “escala de espacios didácticos”.

En primer lugar, la fusión con el entorno ciudadano, compartiendo recursos e infraestructuras, transfiriendo investigación y activando sinergias universitario-urbanas. En segundo término, el propio campus. Asumido como hábitat doméstico vivencialmente autónomo, debe despertar sentimientos de “pertenencia” en el usuario. Espacios libres, naturaleza y Arquitectura son elementos capaces de transmitir valores como armonía, proporción, plasticidad..., o simplemente despertar curiosidad y emoción. En su seno han de sembrarse lugares que acojan nuevos métodos de aprendizaje; un “recinto didáctico” tiene que interactuar en la formación del colectivo humano que lo habita. En tercer lugar, el edificio, que debe abandonar su papel como mero contenedor de aulas, para resolverse mediante soluciones imaginativas. La Universidad puede dar entrada a ideas-fuerza que rejuvenezcan su paisaje construido, como la “*calle educadora*” (sustituyendo al pasillo convencional), o el edificio entendido como “*libro de texto tridimensional*”. La última escala de aplicación del “Campus Didáctico” es el aula. Valorándola como “célula didáctica”, la revisión de sus formatos es cuestión tan urgente como la de otras escalas universitarias. Cierto es que la reducción de ratios máximos profesor/alumno condiciona las tipologías áulicas, pero ello no debe distraer de la obligación de investigar sobre modalidades alternativas a su tradicional configuración como unidad espacial estática e inflexible.

La expuesta tétrada de niveles no debe interpretarse en modo alguno como una acumulación de parcelas independientes. A la hora de diseñar los lugares pertenecientes a la Universidad, es preciso proceder sin solución de continuidad entre la esfera dimensional de mayor alcance (el territorio y la ciudad) y la de

menor tamaño (el aula). Proyectar la implantación de una Universidad ha de ser una acción unitaria y transversal, ya que todas las partes intervinientes en un campus y su entorno pertenecen en el fondo a la misma esfera, fascinante, expresiva e inspiradora: el "Espacio del Saber".

Establecidas pues las cuatro escalas básicas sobre las que aplicar los principios del "Campus Didáctico" que se expondrán en el epígrafe siguiente, es conveniente detenerse en el terreno conceptual global sobre el que se apoya este concepto, cual es la capacidad del cuerpo material de la Universidad de desempeñar un rol formativo en sí mismo, y sumarse así a la intencionada sensibilidad del trato humano que debe presidir los vínculos profesor-alumno. Sirva como ilustración un testimonio puntual, referido en concreto a la capacidad de la pieza arquitectónica de proyectar valores a partir de su propia naturaleza compositiva y constructiva. Un excelente ejemplo de esta vertiente "didáctica" es el *Crown Hall* que diseñó Mies van der Rohe para el *Illinois Institute of Technology* (I.I.T.) en Chicago. El arquitecto alemán quiso que su obra expresara mediante el lenguaje espacial los credos de la Arquitectura del momento, que él mismo defendía ejemplarmente. De esta forma, el prisma de acero y cristal que alojaba en su seno una gran sala diáfana para el estudio y la relación académica se convertía en vehículo para la comunicación no verbal de los mismos principios que se transmitían en su interior, correspondientes a la docencia de la Arquitectura. Mies buscó establecer un vínculo entre la solución técnica del *Crown Hall* y el espacio interno resultante como símbolo de unidad: una elegante caja de vidrio en cuyo seno se proponía una metáfora de la diversidad compartida, inherente a la comunidad entre maestros y alumnos.

En suma, la obra de Arquitectura puede transmitir, desde su muda presencia, conocimientos similares a los pronunciados dentro de sus paredes por los profesores. Así expresaba el historiador William J. R. Curtis las virtudes visuales mediante las que el emblemático edificio del I.I.T. establecía empatías de alto contenido pedagógico con sus usuarios, representando los valores filoclasistas del estilo *miesiano*:

"Son también importantes las cualidades neoclásicas del diseño de Mies van der Rohe: éstas eran esquemáticas y se apoyaban en una interpretación de principios esenciales como la simetría, la proporción, la clara expresión de carga y soporte y un cierto aire representativo".¹⁰

¹⁰ Curtis, William, *La Arquitectura Moderna desde 1900*. Madrid: Blume, 1986, p. 162.

Se comenzaba el presente apartado aseverando que la misión última de la Universidad es la formación integral de la persona, como futuro ciudadano responsable, ética y moralmente comprometido con la sociedad. Y se añadía la consideración de que si el factor humano es la base sobre la que construir dicho proceso, entonces la Arquitectura adquiere la condición de factor indisoluble de la educación de calidad.

A la vista del panorama general que ofrece el complejo y diverso sistema universitario actual, es necesario formular ideas que, a modo de herramienta conceptual, sean útiles para superar las evidentes carencias en esta materia, y progresar hacia un horizonte de calidad. De esta forma, la etapa siguiente en este discurso tratará de aportar las claves teóricas e incluso metodológicas que sirvan a las instituciones de Enseñanza Superior para encarar su transformación hacia la excelencia; un afán congruente con la noción de que la educación es capaz de desarrollar toda la virtud inherente a la condición humana. Y que la Arquitectura pueda sumarse a la renovada actitud humana que ha de regir las relaciones entre profesores y alumnos. En consecuencia, y con el objetivo de alcanzar esas metas, se propone el concepto de "Campus Didáctico", cuyos principios se desarrollan seguidamente.

Transformación y herramienta conceptual: el “Campus Didáctico” como paradigma

Partiendo del soporte argumental desarrollado en el epígrafe precedente, el siguiente escalón de reflexión debe conducir al territorio de la concreción. Otorgando validez a la necesidad de que la formación de la persona se desenvuelva dentro de un escenario espacial *ad hoc*, la Universidad ha de proyectarse al futuro con vocación de acometer cambios esenciales en su dimensión construida. Cimentada en los valores intrínsecos a la relación humana, la Arquitectura debe construir escenarios activos de aprendizaje.

El devenir del sistema universitario internacional muestra en las últimas décadas una preocupante carencia de paradigmas en este terreno. Sin embargo, la coyuntura actual, marcada por un evidente dinamismo en políticas y estrategias de iniciativa gubernamental, dibuja un escenario apropiado para la propuesta de nuevas fórmulas. Es en este contexto donde pueda existir un lugar para el enunciado del “Campus Didáctico”: una filosofía universitario-espacial capaz de estructurar la conversión de los recintos de una Universidad hacia la excelencia integral.

La definición del “Campus Didáctico” debe iniciarse entendiendo que el espacio construido de la Universidad puede y debe trascender a su estricto rol como contenedor material. Intencionadamente diseñado, adquirirá capacidad de transmitir valores y proyectar contenidos en sí mismo: pasar, pues, de contexto a tema.

La Universidad europea se está adaptando académicamente al EEES, pero debe afrontar un salto cualitativo en lo espacial (tanto en la Arquitectura del recinto docente como en su integración en la ciudad).

Como solución, propongo el modelo de “Campus Didáctico”.

Este concepto, que pude enunciar por primera vez en 2005, y que fue difundido por la OCDE, busca concretar una filosofía universal capaz de impulsar en todas las Universidades un proceso de compromiso con la modernización.

Esta faceta vocacional e intrínsecamente educadora de los espacios físicos de la Universidad es coherente con otra paralela de la Arquitectura general. La capacidad de instruir que puede poseer el buen objeto arquitectónico nace de su poder para expresar a la ciudad y la sociedad circundante sus propias necesidades, y así adecuar sus cambios a las necesidades del entorno. Cuestiones todas ellas que han sido abordadas por autores como el autor italiano Franco Purini¹¹ o Galvano Della Volpe:

*“La Arquitectura expresa ideas, valores, por medio de un sistema de signos tridimensionales-geométricos; con un lenguaje, es decir, algo constituido por medidas aptas para la institución de órdenes visibles, a través de la repetición de masas parecidas...”*¹²

Estas aproximaciones no hacen sino girar en torno a la interiorización de los edificios y lugares anexos de los recintos docentes como libros de texto tridimensionales (algo ya citado anteriormente, y que fuera asimismo apuntado por Nair y Fielding¹³); es decir, el campus como la primera lección que recibe un estudiante.

Para acometer la transformación de un recinto universitario en un “Campus Didáctico”, se debe proceder combinando razón y ambición.

El éxito de todo proceso de transformación hacia la excelencia en las instituciones de Enseñanza Superior es susceptible de estructurarse conforme a una tétada de etapas consecutivas: fundamentación ideológica, planificación, consenso y comunicación. Si este itinerario se dibuja con la suficiente nitidez, bastará con inyectar las dosis conceptuales inherentes al concepto de “Campus Didáctico”, cuya definición y desarrollo se abordan ahora.

Un campus será “didáctico” si incorpora y da testimonio de los valores contenidos en los siguientes 10 principios:

¹¹ Purini, Franco, *La Arquitectura Didáctica*. Reggio Calabria: Casa del Libro Editrice, 1980.

¹² Della Volpe, Galvano, *La crítica del gusto*. Milán: Feltrinelli, 1964, p. 198.

¹³ Nair, Prakash, Fielding, Randall, *The Language of School Design*. Minneapolis: Designshare, 2005.

Primer principio: Utopía y planificación integral

"Un mapa del mundo que no incluya la Utopía no es digno de ser observado, pues ignora el único territorio en el que la Humanidad siempre atraca, partiendo enseguida hacia otra tierra aún mejor".

Oscar Wilde

La utopía ha sido la energía de transformación que ha servido históricamente a la Universidad para regenerar sus ideales y modelos pedagógicos, y también sus formatos arquitectónicos. Más próximos al perfil tangible que destila la *Utopía* de Santo Tomás Moro que a la derivada etimológica del *u-topos*, en cuanto que "no-lugar", los recintos universitarios han dado forma construida a la metáfora utopista durante siglos, haciéndolo con especial intensidad aquellos conjuntos tributarios del ideal de insularidad.

Lejos de caer en desuso, la utopía emerge sutilmente hoy como inspiradora del cambio. Los impulsos de modernización que están haciendo vibrar positivamente al sistema universitario español y europeo son difíciles de explicar sin entrever un fehaciente afán utopista, implícitamente presente en los discursos de los responsables de la convergencia internacional.

Pero la utopía no sería eficaz a la Universidad si no se acompaña de operatividad. Surge así la calificable como "utopía en acción", esto es, la combinación del principio filosófico con la imprescindible planificación racional y técnica. Disciplina nacida como seña de identidad de las emergentes universidades norteamericanas a partir del siglo XVIII (utilizando la herramienta de los *Master Plan*), la planificación se ha ido extendiendo internacionalmente como *modus operandi* en el esfuerzo de sistematizar la transformación de las implantaciones urbanístico-arquitectónicas, una vez predefinidos los objetivos estratégicos de cada Institución.

Sobre el modo de acometer la tarea planificadora, se han efectuado reflexiones diversas, entre las que sirve como testimonio puntual la aportada por Palola y Padgett:

"Para la elaboración del plan conviene tener presente que éste debe ser flexible y dinámico, que contenga las líneas de autocrítica y renovación, de manera que no represente una solución temporal del problema. Debe ser flexible y dinámico para incluir las nuevas ideas y los nuevos procesos de planificación, así como poder adaptarse a cada momento a la cambiante realidad social en que está inmersa la universidad".¹⁴

¹⁴ Palola, Ernest y Padgett, William, *Planning for Self-Renewal a new approach to Planned organization change*, p. 99; en Castrejón, Jaime, *El concepto de Universidad*. México: Ed. Trillas, 1982, p. 173.

El devenir histórico de las Universidades ha dejado un indeleble rastro de excelencia, en lo que a planificación se refiere, siendo el paradigmático *Master Plan* norteamericano el mayor exponente. Entre otros ejemplos, el caso de la californiana Berkeley introdujo un matiz especialmente relevante, por cuanto la planificación se hizo conjuntamente entre el organismo universitario y el municipio. De esta forma, Universidad y Ciudad construyeron al unísono sus estructuras de implantación, traduciendo a una realidad espacial unitaria su ensamblaje, y acometiendo un control en la ejecución del plan que avalaba su evolución ordenada y coherente.

Al margen del prolífico muestrario de campus transoceánicos, la Universidad alcaína que fundara el Cardenal Cisneros en 1499 para la villa castellana reclama para sí el reconocimiento como la primera "Ciudad universitaria" diseñada como tal. La extraordinaria *Civitas Dei* que inspirara a incontables Universidades iberoamericanas, es un ejemplo fascinante de modernidad, casi visionaria, cuya plasmación urbanística constituyó un ingrediente insoslayable de la Institución educativa cisneriana.

En la cambiante contemporaneidad, se han de elaborar estrategias de planificación integral de la Universidad que, traduciendo a hechos tangibles los imprescindibles afanes utopistas, definan una evolución dotada de un marcado índice de libertad y flexibilidad espacio-temporal. Se ha de rendir tributo a una premisa universal: la concepción de un campus no es tanto la de un objeto urbanístico-arquitectónico, sino la de todo un proceso.

Segundo principio: Comunidad de aprendizaje

"Hacen falta muchos hombres para construir un solo hombre".

F. J. Sáenz de Oíza

Uno de los pilares sobre los que debe alzarse la formación del ser humano, tanto en el plano profesional como en el de valores, es el sentido de colectividad, como ya se ha avanzado en la primera parte de este escrito.

A tal fin, resulta prioritario que cristalice una entidad grupal global donde se entremezclen educación y vivencia. El estímulo del contacto personal, sumado a la posibilidad de disfrute de un elenco variado de funciones y servicios, propicia la consolidación de una comunidad que persiga el perfeccionamiento en la

tarea de la construcción del futuro ciudadano. Afianzada como entidad social, la agrupación y colaboración –tanto reglada como espontánea–, de estudiantes, profesores y personal enriquecerá el propio proceso formativo, y la valía de las metas alcanzables.

Entre los testimonios más elocuentes de la traducción a espacio edificado de la idea de aprendizaje en comunidad sobresale el paradigmático *Academical Village*. Fundado y diseñado en 1819 por el que fuera tercer presidente norteamericano Thomas Jefferson, en colaboración con Benjamin Latrobe, el campus de la Universidad de Virginia se organiza urbanísticamente como evocación de un poblado de reducida escala y un sentido introvertido, entregado a la formación del ser humano. El ya nombrado Franco Purini dibuja de este modo tan sugerente los rasgos espaciales del *Lawn* (el ámbito cardial del campus virginiano):

*“El sistema de las casas de profesores y de estudiantes en la Universidad de Virginia de Jefferson, constituye, por ejemplo, la metáfora de una relación ideal, por lo que respecta a la pedagogía, basada en dos autoridades concordes: la de la experiencia de la edad madura y la que se construye a través de una confrontación entre la experiencia misma y las razones de la juventud. El césped, en cuyos márgenes se enfrentan los pabellones, representa una especie de espacio neutral, acabado en la parte alta por la Rotonda y abierto en su extremo opuesto hacia las colinas. Arquitectura y naturaleza encuentran su mediación en una especie de suspensión. El movimiento del césped, como un velo de agua, hacia el espacio abierto (la observación es de V. Scully), construye la metáfora del ciclo ininterrumpido de la vuelta de la arquitectura a la escena natural. Una vuelta sugerida por el “congelado” deslizado de la Rotonda a lo largo del dulce y verde declive”.*¹⁵

En materia educativa, el grupo es superior a la suma de sus miembros.

Toda comunidad orientada al aprendizaje debe estructurarse de forma que preveza la escala humana de sus espacios, para así generar en su seno un “sentimiento de pertenencia” que estreche los lazos afectivos del individuo con el grupo y con el campus. Mediante un diseño intencionado, cualquier escenario físico de la Universidad es capaz establecer empatías con quienes los habitan, de forma que el Urbanismo y la Arquitectura actúen como incentivo para que desarrollen con motivación sus actividades de estudio, investigación, relación y vivencia social.

¹⁵ Purini, Franco, *Op. Cit.*, p. 164.

Tercer principio: Armonía espacial

"Diseñar no es hacer belleza.

La belleza emerge de selecciones, afinidades, integraciones, amor".

Louis Kahn

La Universidad es uno de los escenarios más idóneos que la sociedad puede emplear para proyectar sus ideales. Intencionadamente concebidos a tal fin, en los espacios urbanístico-arquitectónicos puede cristalizar una estética global que represente los ideales de belleza que inspiran a la comunidad universitaria, en amplio sentido, pasando a formar parte de la memoria colectiva de la sociedad. Y, a su vez, una composición equilibrada y expresiva de los espacios construidos contribuirá al disfrute cotidiano y el bienestar del universitario.

Sensible a esta facultad, la implantación física de la Universidad debe trascender a una mera dotación de superficies construidas, ocupándose de la educación visual por medio de diseños que generen ordenaciones coherentes, donde se preste tanta atención a los volúmenes edificadas como a los espacios abiertos.

Expresado de otro modo, la Arquitectura en general, y la universitaria en particular, tiene el deber de despertar sensaciones, como sugiere Peter Zumthor:

"La calidad arquitectónica no es, para mí, ser incluido entre los líderes de la arquitectura o figurar en la historia de la arquitectura, que te publiquen, etc. Para mí la realidad arquitectónica sólo puede tratarse de que un edificio me conmueva o no".¹⁶

Muestra inequívocamente brillante de este principio es la Universidad Técnica de Otaniemi (TKK), cuya armonía espacial alcanza una intensidad especial en el área del expresivo volumen del Aula Magna que Alvar Aalto erigió como seña de identidad visual del conjunto.

Cualquier campus está llamado a ser una lección más a aprender por estudiantes y profesores. Quizá la primera. Como cuerpo material de la Universidad, adquirirá carácter de "libro de texto tridimensional" de corporeidad arquitectónica, tal y como se ha avanzado anteriormente.

La belleza nutre el espíritu, en sus variadas formas, y, en ocasiones, la inducida por la Arquitectura desempeña esta misión de un modo sobresaliente.

¹⁶ Zumthor, Peter, *Op. cit.*, p. 11.

Cuarto principio: Envoltura afectivo-intelectual

“Tras las formas de la Arquitectura didáctica aflora la referencia a la figura humana. El cuerpo está entendido no sólo como medida proporcional, sino como parámetro de todo el habitar”.

Franco Purini

El espacio construido de la Universidad debe satisfacer (al margen de objetivos de estricto corte funcional), la realización de una metáfora espacial de la “envoltura afectivo-intelectual”.

La forma tangible del conjunto docente pasará a comportarse como un revestimiento edificado del colectivo humano al que representa y acoge; así, establecerá impactos afectivos capaces de despertar empatías.

La recordada autora estadounidense Susan Painter¹⁷ ha desarrollado valiosos trabajos que enlazan las facultades cerebrales con la respuesta positiva al medioambiente, exponiendo argumentos como la “estética de la supervivencia”, y determinando que el campus es el espacio que sostiene como ningún otro el poder formativo de la madre en la etapa de formación infantil.

El mencionado arquitecto suizo Peter Zumthor, refiriéndose al entorno espacial, definía la idea de “atmósfera” como el hecho perceptivo capaz de generar una sensación cognitiva casi instantánea en la persona que entraba en un edificio. Enlazando con la noción de supervivencia citada por Painter, Zumthor aportaba la siguiente visión:

*“La atmósfera habla a una sensibilidad emocional, una percepción que funciona a una increíble velocidad y que los seres humanos tenemos para sobrevivir”.*¹⁸

En alguno de sus trabajos, el psicólogo y filósofo Rudolph Arnhem ha expuesto sencillamente el vínculo entre la Arquitectura y la actitud humana:

*“Los edificios moldean el comportamiento. No se puede hacer plena justicia a la expresión visual de los objetos arquitectónicos tratándolos como perspectivas separadas o independientes, como si sólo existieran para ser observados. Tales objetos no sólo reflejan las actitudes de la gente por la que y para la cual fueron hechos, sino que también informan activamente el comportamiento humano”.*¹⁹

¹⁷ Painter, Susan, *Op. cit.*

¹⁸ Zumthor, Peter, *Atmósferas*. Barcelona: Gustavo Gili, 2009, p. 13.

¹⁹ Arnhem, Rudolph, *La forma visual de la Arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili, 1978, p. 210.

Una de las realizaciones contemporáneas que han resuelto con brillantez la envoltura como pauta metafórico-espacial es el californiano *Salk Institute*. Louis Kahn organizó un sistema espacial heredero de la tipología claustal: los volúmenes principales se disponen equilibradamente en torno al emblemático vacío central diseñado por el maestro mejicano Luis Barragán, el cual es recorrido axialmente por el curso de agua que, en su tranquila fuga lineal, parece entregarse en su extremo al lejano Océano Pacífico.

En suma, la disposición, volumen, forma y textura de las distintas piezas arquitectónicas en el campus tendrán la misión de procurar el bienestar psicológico del habitante de la Universidad, de forma que durante el tiempo en que disfrute de su vivencia, encuentre el estímulo añadido aportado por el entorno construido.

Quinto principio: Naturaleza y Arte

"La Arquitectura tiene un motivo interior: la idea de crear un paraíso".

Alvar Aalto, 1957

A la Universidad, ejerciendo su papel de proa intelectual, corresponde el deber de erigirse en vanguardia del pensamiento y la creatividad.

Como manifestación específicamente cultural, los recintos universitarios deben incorporar la naturaleza como valor ambiental y placer perceptivo, pero aprovechando su presencia como contenido curricular para el estudio y la investigación.

El campus, ideado bajo la máxima global de "unidad en la diversidad", se beneficiará de un diseño en el que los diversos componentes, edificios y espacios libres, construyan un escenario físico donde se exprese su vocación como espacio formativo. A ello podrán añadirse lugares (exteriores e interiores a los edificios) donde se expongan obras artísticas, cuya contemplación pasará a constituir un hecho docente complementario.

Y se reforzará la escala humana.

Propiciar la interacción del universitario que vive el campus con la naturaleza o el arte, implica en cierto modo ralentizar la experiencia cotidiana, para detenerse en el pequeño detalle natural y el recodo artístico. Y caminar, como mejor y único modo de estimular los sentidos ante el disfrute del entorno. Andar implica escala humana. Andar sobre un campus, a través de un campus, dentro de un

campus. Andar es una experiencia cuasi iniciática, una suerte de subgénero en la moderna narrativa de viajes, o al menos en la narrativa interior de cada individuo, que enriquece el punto de vista sobre la experiencia educativa. Andar es medir y sentir el espacio...

La contemporaneidad universitaria ha dejado ejemplos extraordinarios donde se verifica el impacto de la incorporación de la naturaleza y las obras plásticas a la Arquitectura. Tal es el caso de la Universidad Central de Venezuela. El resultado del emblemático complejo que diseñó Carlos Raúl Villanueva es un paisaje cultural hecho a medida del hombre. El campus venezolano, concebido como obra de Arte total, combina de un modo fascinantes piezas arquitectónicas, espacios naturales y obras artísticas.

El recinto desempeña un rol "didáctico" añadido que trasciende su funcionalidad curricular, ya que en su seno cristaliza una síntesis artística, un escenario unitario construido con la intelectualidad como materia. La Ciudad Universitaria de Caracas se erige pues como una manifestación artístico-natural de contemporaneidad. En su seno, se construyen unos lugares enmarcados por piezas murales y exentas, que alcanzan el clímax en el interior del Aula Magna, donde flotan las alegóricas "nubes" que diseñó el prestigioso escultor Alexander Calder.

En suma, aunando naturaleza y arte con intencionalidad expresiva y formativa, el campus se dotará de una seña de identidad más próxima al paisaje cultural que al mero contexto funcional. Planificado *ex profeso* el lugar de la Universidad puede dar respuesta no solamente a la voluntad contemplativa, sino además a la encarnación de una construcción simbólica de la historia social y cultural.

Sexto principio: Imagen y accesibilidad

"El campus sirve a la Institución universitaria no sólo satisfaciendo sus necesidades espaciales, sino expresando y reforzando sus ideales y metas".

Paul Venable Turner

Toda Universidad ha de proyectarse externamente por medio de una imagen sólida y coherente con sus misiones docente, investigadora y de compromiso social.

La trascendencia histórica de la Institución exige en consecuencia que su visibilidad sea nítida y desinhibida, acorde con el destacado papel social que está llamada a desempeñar.

El cuerpo urbanístico-arquitectónico de una Universidad trasciende su papel como contenedor de un programa funcional, pasando a ser un vehículo esencial para manifestar su relevante personalidad como entidad global.

Uno de los ejemplos más elocuentes de cómo la Arquitectura y los espacios abiertos son capaces de proyectar una imagen potente y sensible a los valores locales es la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). El núcleo central del campus se remite compositivamente a las pautas formales de las grandes plazas de las pirámides precolombinas. En paralelo, la invocación de la tradición autóctona quedó plasmada en piezas como la Biblioteca, decorada en sus paramentos con un expresivo mosaico de Juan O´Gorman. Un macroconjunto, en suma, generado en 1946 bajo la premisa de ser configurado como encarnación de los modernos ideales de la Revolución mexicana.

Cualquier campus tiene la capacidad de fomentar los valores ligados a la accesibilidad conceptual y física, así como ejercer una manifiesta sensibilidad para con la cultura y tradiciones del lugar, en sus plenas acepciones geográfica, artístico-arquitectónica y social. En este último aspecto, un campus correctamente ideado se ocupará de activar estrategias de atracción perceptiva y funcional respecto a su ámbito cercano; haciéndolo así, desempeñará una suerte de urbanismo “sociópeto”, en el sentido de ejercer una fuerza centrípeta, tendente a reunir en torno a sí al colectivo humano.

Séptimo principio: Adaptación al medio y sostenibilidad

“La inteligencia es la capacidad global de actuar intencionalmente, de pensar racionalmente, y de interactuar efectivamente con el ambiente”.

David Weschsler

Toda realización arquitectónica de calidad se distingue, entre otras virtudes, por su capacidad de adaptarse a las condiciones locales. Esta creciente exigencia, etiquetada en numerosas ocasiones como “sostenible”, no puede ser ajena al diseño de los lugares de la Universidad. Actuar con sensibilidad en un entorno nuevo es un síntoma de inteligencia proyectiva.

La toma en consideración del contexto por parte de la Arquitectura ha sido históricamente objeto de debate, en especial en torno a los postulados y posterior revisión del Movimiento Moderno. La tensión conceptual se ha inclinado, en

términos de dicotomía, entre las propuestas arquitectónicas donde prima el contextualismo (en forma de vínculo de la pieza con el entorno inmediato), y las que nacen de una necesidad interior, optando por el simbolismo y la sintonía con el perfil cultural del lugar.

Hoy parece indiscutible que, en el caso particular de la Universidad, se ha de profesar una fehaciente puesta en valor del entorno, en sus múltiples acepciones. Una de ellas, de creciente protagonismo en décadas recientes, se centra en la idea de sostenibilidad. Las tendencias y normativas actuales se adentran inequívocamente en el territorio del compromiso medioambiental. Un tipo de soluciones arquitectónicas, pues, que nace como fruto de las intenciones promovidas por la sociedad contemporánea. Esta cualidad de la Arquitectura en general como traducción espacial de las directrices sociales es cuestión apuntada desde hace décadas, como lo reflejan algunos textos de Víctor Considerant:

"Las soluciones arquitectónicas varían con la naturaleza y la forma de las sociedades de las que ellas son imagen. Ellas traducen, en cualquier época, la constitución íntima del estado social, ellas son su imagen exacta y la caracterizan maravillosamente".²⁰

Uno de los proyectos recientes que demuestran un elevado grado de compromiso a la hora de testimoniar esa caracterización, es el del nuevo recinto de Villamayor de la Universidad de Salamanca. Trazado en 2005, fue un complejo docente pionero en la formulación del "Campus Didáctico". Inspirado en las raíces de la tradición local, plantea una moderna composición, coordinada entre piezas arquitectónicas e ingredientes medioambientales, de forma que el soporte general deja atrás un estricto rol como paisaje pasivo, para pasar a comportarse como un espacio con capacidad de activar docencia e investigación sobre sí mismo.

La Universidad, atendiendo a su exigible faceta de ejemplaridad social, debe ejercer una adecuación del Urbanismo y la Arquitectura a las condiciones geográfico-climáticas. Ello afectará tanto a la promoción de soluciones ejemplares en materia ecológica, bioclimática y de sostenibilidad, como al fomento de energías renovables y a la elección de materiales y soluciones técnico-constructivas. El campus del futuro ha de erigirse en escaparate de vanguardia sostenible y adaptación medioambiental.

²⁰ Considerant, Víctor, *Description du phalanstère et Consideration sociales sur l'architecture*. París: Durier, 1979, p. 36.

Octavo principio: Memoria y vanguardia

"La originalidad consiste en el retorno al origen. De modo que original lo es aquel que, con nuevos medios, vuelve a la simplicidad de las primeras soluciones. Eso es la Arquitectura".

Antonio Gaudí

Si una institución tiene el deber de atreverse en la formulación de soluciones innovadoras, esa es precisamente la dedicada a la Educación Superior. En su código genético está escrita la deuda permanente para con la experimentación. En lo que atañe a la Arquitectura, muchos han sido quienes han reclamado la satisfacción de esta deuda, como June Alison y Peter Smithson:

"La universidad tiene la obligación de ser valiente, es decir, experimental, tanto en su diseño físico como en su tejido edificatorio".²¹

Ahora bien, al valorar el mejor modo de afrontar esa responsabilidad se abre un amplio abanico de opciones. Una de ellas debe radicar en la interpretación de las tipologías tradicionales que la historia de la Arquitectura universitaria ha dejado desde hace casi diez siglos.

En este punto, es oportuno contrastar la relación entre claustro y campus. Como nexos de identidad, los dos tributan a la utopía de la insularidad, en su afán por crear un mundo ideal y autosuficiente. Otro rasgo común es que ambos sirvieron como elementos de colonización territorial (el claustro-monasterio, en la Reconquista española; el campus, en el proceso de colonización y conquista hacia el Oeste norteamericana). Desde el prisma de la evolución tipológica secular, puede interpretarse que la transición del espacio claustral al campus empezó con la fisuración de las esquinas, cuyo primera experiencia tuvo lugar en el *Gonville&Caius College* de Cambridge. En este punto, es pertinente insinuar un sutil paralelismo con la Arquitectura, en general, y con el Movimiento Moderno, en particular. Posiblemente, una de las contribuciones más notables del racionalismo fue el espacio fluido, que se tradujo a una Arquitectura de planos, verticales y horizontales, puestos en estrecha relación compositiva. La autonomía en la percepción de estos planos se logró al emplear superficies acristaladas, que reemplazaron a las tradicionales ventanas, que se comportaban como meras horadaciones en el grueso muro. Disuelta la rigidez masiva de las esquinas, se alcanzó una inédita

²¹ Alison, June, Smithson, Peter, Reflexiones sobre los "campus", Revista Urbanismo-COAM Num. 21, 1993, p. 27.

continuidad espacial. Pues bien, si se establece un paralelismo con las tipologías de la “Arquitectura del Saber”, la descrita disolución de la compacidad del núcleo “claustral” del *quadrangle* de cuna británica dio pie a una expresivo *continuum* espacial. A partir de la operación de apertura de la clausura interna, de lo que fue pionero el referido *Gonville&Caius College*, y una vez transportado al Nuevo Mundo el prototipo arquitectónico-educativo, se comenzó a disgregar la compacidad del aparato edificado para ir poco a poco desplegando los volúmenes construidos sobre el soporte natural. Y de este modo, fue emergiendo el paradigma del campus que, una vez desarrollado en plenitud, alcanzaría cotas extremas de segregación urbana e implantación sobre un vasto soporte natural.

Por tanto, el claustro y el campus, compartiendo una misma raíz filosófica, encarnan desde la lejanía de los siglos que los distancian uno de los ejemplos más elocuentes de combinación entre memoria y vanguardia. Eso sí, lo hicieron desde postulados arquitectónicos divergentes: el primero implica una cierta “racionalización” de la naturaleza, al acoger en su seno un delicado fragmento de la misma (acompañado por el frágil rumor del agua de las fuentes); el segundo, en contraste, puede leerse como una suerte de “naturalización” de la Arquitectura, ya que ésta se subordina escalarmente a un escenario paisajístico que impone su autoridad configuradora.

En el fondo, un claustro y un campus responden a un mismo ideal, vinculados por un lazo sutil entre memoria y vanguardia.

Considerar la lección impartida por los paradigmas pretéritos puede ser un fecundo recurso que inspire el diseño de la “Arquitectura del Saber” contemporánea. A la hora de trazar sus campus, la Universidad puede extraer un fruto ingente si apela a la memoria –a su propia memoria– como acicate creativo. Tanto los proyectos de nueva planta (fruto de una génesis dotada de un alto índice de libertad formal) como las adaptaciones de edificios preexistentes (como testimonio de un cambio positivo de funciones anteriores), han de tributar a un sentido de contemporaneidad. Una “Arquitectura del Saber” que resuelva intencionadamente el vínculo entre legado y vanguardia, conseguirá en cada época reforzar la identidad intelectual de la Universidad. Así puede constatarse en ejemplos como el Campus *De Uithof* de la Universidad de Utrecht, donde se han levantado piezas arquitectónicas (cual es el caso de la Facultad de Económicas, diseñada por el grupo *Mecanoo*), cuya composición da forma a una interpretación tipológica del espacio claustral en clave de contemporaneidad. Existe un matiz añadido a esta cuestión, que conciernen a la conexión entre edificio y hombre, en materia de memoria: en cierto sentido, los seres humanos son metáfora de la Arquitectura,

puesto que transportan sus esencias en la memoria colectiva, de forma que así se propicia el encuentro con todas sus homólogas, dispersas por el mundo.

Finalmente, el enlace entre memoria y vanguardia en los espacios de la Universidad permite el establecimiento de un plano metafórico sutil, para que entren en juego conceptos tan abstractos como la especularidad o la cuarta dimensión. En ocasiones, las arquitecturas del pasado conviven en el espacio y en el tiempo con sus versiones contemporáneas: las interpretaciones tipológicas de ordenaciones tradicionales se disponen sin solución de continuidad con sus referentes primitivos. A modo de proyección alegórica, ofrecen la posibilidad de disfrutar a la vez de “pasado” y “futuro”: dos tiempos resueltos en un mismo escenario material, dos órdenes que se observan uno a otro como mirándose mutuamente en el espejo del ayer y el del mañana. Así sucede en la magistral Villa Mairea de Alvar Aalto, donde la casa del futuro se enfrenta a la vivienda vernácula, en una relación de cuidado equilibrio posicional. Buscando paralelismos en ejemplos de recintos universitarios, podría traerse a colación el campus de la Universidad Carnegie Mellon, ubicado en el extrarradio de Pittsburgh. El *quad* principal (*The Mall*), erigido en la primera década del siglo XX y coronado por el edificio de *Hamerschlag Hall*, experimentó una extensión hacia el Norte en torno a 1987. Resuelta en forma de eje ortogonal, el nuevo ámbito (*The Cut*), que está dominado en su extremo por la Biblioteca Hunt, propicia que los dos complejos compartan un espacio común, aunque cada uno de ellos representa una etapa diferente.

Dos instantes, pues, que parecen detenerse para ser mostrados con simultaneidad; una suerte de cuarta dimensión que deja su poso de sugerencia en el ser humano a través de la Arquitectura.

Noveno principio: Relación Universidad-Ciudad

“La creatividad generalmente implica cruzar los límites entre dominios”.

Mihaly Csikszentmihalyi

Excepción hecha de algunos modelos tributarios de la “utopía de la insularidad”, esto es, precursores del ensimismamiento de la Universidad, la esencia de esta última ha estado históricamente vinculada al hecho urbano. Con mayor o menor índice de trabazón recíproca, la población universitaria y la ciudadana han mantenido lazos de fecunda identidad.

El escenario globalizado actual parece determinar como vía más aconsejable para el progreso en lo educativo el establecimiento de sinergias entre Universidad y ciudad. Ello supone comprender dicha realidad (apriorísticamente dual) como realmente unitaria. La presencia activa de personas y espacios universitarios en contextos sociourbanos, así como –en sentido recíproco–, la de usos y elementos municipales dentro de recintos académicos, traerá como resultante un impulso a la creatividad. Accediendo a una funcionalidad compartida, un campus podría entenderse como una suerte de “microciudad”, del mismo modo que el área urbana que lo engloba se comportaría indirectamente como una extensa y diversificada “macroaula”.

Entre los numerosos ejemplos de tejidos universitarios plenamente insertos en los cascos urbanos, puede traerse a colación la agregación de edificios históricos de la Universidad de Salamanca, distribuidos sobre el casco antiguo salmantino en un emblemático ejercicio de superposición funcional y arquitectónica.

Los proyectos construidos conjuntamente por Universidad y ciudad se acercan con solidez a la garantía de éxito, máxime si gozan del aval de la participación de otras instituciones o entidades que puedan compartir el proyecto universitario global.

El paradigma general del “Campus Didáctico” se traducirá en cada situación a una puesta en escena de los diez principios que lo estructuran, tal y como se despliegan en este apartado. El expuesto peso específico de la componente urbana en el presente y futuro universitario, conducen a presuponer que la ciudad sea –precisamente– el “teatro” del “Campus Didáctico”.

Décimo principio: Modalidades innovadoras de enseñanza-aprendizaje

“El curriculum embebido en un edificio instruye tan plena y poderosamente como cualquier curso que se enseñe dentro de él. Debemos comenzar a ver nuestras casas, edificios, granjas, oficinas, tecnologías energéticas, transporte, paisaje y comunicaciones de modo muy semejante a cómo consideramos el aula...”

David Orr

Una de las transformaciones más profundas y extensas que la Universidad puede acometer pasa por incrementar drásticamente el número y la calidad de lugares en sus campus donde puedan activarse hechos formativos.

El futuro, ya presente, pide a voces el diseño de espacios que alberguen modalidades innovadoras de enseñanza-aprendizaje. Bajo un proyecto pedagógico global, el campus experimentará un salto cualitativo si se ocupa de implantar fórmulas alternativas al aula convencional.

Cualquier recinto universitario contiene actualmente innumerables áreas obsoletas, que desafortunadamente ejercen un papel inerte en lo docente. Bajo un proyecto de reforma que hunda sus raíces en la disciplinas psicopedagógicas, dichas áreas podrán transformarse en lugares inteligentes, que estimulen la transferencia y génesis de conocimientos. Como señalaban los arquitectos norteamericanos Prakash Nair y Randall Fielding, hay que dejar atrás la vetusta praxis del aprendizaje como un mismo grupo de estudiantes que, con un mismo profesor, en un mismo aula, a un mismo tiempo, y de una misma manera, aprenden lo mismo, para evolucionar hacia una filosofía alternativa, en la que se entienda que el hecho docente puede suceder a cualquier persona, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, de forma que aprendan cosas diferentes.²²

El salto cualitativo que se esconde tras esta perspectiva de multiplicidad didáctica está al alcance de cualquier campus.

Combinando dosis de imaginación y voluntad positiva, las Universidades serán capaces de experimentar una metamorfosis hacia la excelencia tan necesaria como factible. Salpicar de “lugares inteligentes” los recintos académicos depende bastante más de la voluntad estratégica y la sensibilidad educativa que de cuestiones de disponibilidad financiera. La calidad no es necesariamente costosa; *a contrario sensu*, hay modos de recualificar los campus absolutamente ajenos al encarecimiento de las infraestructuras. Tres ejemplos pueden ilustrar esta última circunstancia: el Aula Magna de la Universidad de Otaniemi, el *Massachusetts Institute of Technology* (M.I.T.) y algunas modalidades innovadoras en docencia llevadas a la práctica en la Universidad CEU San Pablo.

El primer ejemplo se muestra con expresividad plástica en el simbólico edificio que Alvar Alto diseñó para la TKK en Espoo, al que se ha hecho referencia anteriormente. Resuelto con una magistral sección, el trasdós de la cubierta del auditorio funciona como grada al aire libre: una evocación del teatro griego que rentabiliza ingeniosamente la membrana superior y duplica su función docente, al interior y al exterior.

La segunda muestra, tan grande en significados como menuda en dimensión, está en las áreas internas del *Killian Court*. Los inacabables pasillos que

²² Nair, Prakash, Fielding, Randall: *Op. cit.*

recorren como arterias de flujo estudiantil el histórico edificio experimentan puntualmente un mínimo ensanchamiento; allí, junto a una simple máquina de café y bebidas y un austero banco de madera, profesores y alumnos intercambian opiniones de manera ocasional, ajenos al rigor de los horarios y la opaca clausura de las aulas. “En el roce está el avance”, apunta Bob Simha, arquitecto responsable durante más de dos décadas de la planificación del M.I.T. En ese mínimo recodo se obra un pequeño milagro: del intercambio espontáneo surge el pensamiento libre; la imaginación se espolea, activada gracias al rol que se ha asignado a un lugar de reducida dimensión, pero ingente carga innovadora.

El último ejemplo, más cercano, tiene lugar durante una visita con alumnos de Arquitectura del CEU a la Casa do Brasil, en la Ciudad Universitaria madrileña. La actividad docente, dentro de la asignatura de “Teoría y Crítica de la Arquitectura”, se centra en la explicación y experiencia *in situ* del edificio que diseñó Alfonso D’Escragnole en 1962. Pero la carga didáctica sería mayor, al poder aprovechar las posibilidades del lugar para poner en práctica modalidades imaginativas de aprendizaje superpuesto. El salón de actos dispone de un viejo piano de cola, que domina el escenario del Colegio Mayor brasileño. Casualmente, uno de los alumnos es avezado en el arte de tocar el piano. El profesor sugiere al vocacional pianista que, durante la visita, analice los rasgos compositivos de la obra arquitectónica y trate de establecer parangones con piezas musicales. Al acabar el recorrido, el grupo se reúne en el Salón de Actos para debatir la naturaleza espacial y los rasgos estilísticos del edificio. Finalizado el coloquio, el estudiante con experiencia musical sube al estrado, e interpreta dos breves pasajes del maestro Albéniz, que él mismo ha elegido, por considerarlos afines a las trazas del objeto arquitectónico visitado. Los breves minutos de armoniosa melodía cargan la sala de una energía artística singular: se interioriza la naturaleza compositiva de la obra arquitectónica a la vez que la melodía trata de ilustrarla con un parangón musical... Momentos de una magia cierta, tan sencillos de llevar a cabo como conmovedores en su ejecución.

* * *

El “Campus Didáctico” se estructura como paradigma unificado que abarca diez principios convergentes. Podrá comprobarse que nada hay especialmente desconocido en ninguno de ellos; la innovación –quizá– radica en su trabazón conjunta, y en proponerse como *corpus* teórico y estrategia operativa.

El sentido general del concepto arranca de la convicción en la conveniencia de su aplicación, de forma que sea de utilidad para que la Universidad, cualquier

Universidad, pueda emplearlo como herramienta conceptual en la fascinante tarea de transformar sus campus hacia la deseable excelencia, de tal modo que la Arquitectura se sitúe en el mismo nivel que la sensibilidad de las relaciones humanas en la tarea de la enseñanza.

El recorrido hacia la ansiada calidad es complejo, pero indudablemente estimulante, tanto por la enérgica intención de partida como por la trascendencia de la meta a alcanzar, de la que se ocupa el apartado siguiente.

Hacia un nuevo ideal de Universidad: la *Eutopía* como destino

"El Campus es un mundo en sí, paraíso temporal, etapa grata de la vida".

(Charles Édouard Jeanneret, Le Corbusier)

El término "*Eutopía*" nació del puño y letra de Tomás Moro, el santo autor del celeberrimo texto "Utopía". Proviene del griego *eu* (conveniente, bueno, feliz) y *topos* (lugar). De tal forma se define que una *Eutopía* es un lugar conveniente, bueno y feliz. Adquiere el rasgo de lugar que aún no existe, quizá soñado, pero que sin embargo sería adecuado y factible que exista.

La *Eutopía* es un lugar construible, pero para erigirlo, primero hay que tener un gran sueño. Cumplir el sueño para fundar el espacio...

La Universidad puede ser uno de esos grandes sueños que han movido a la humanidad hacia el progreso. De cómo orientar su transformación hacia la *Eutopía* intenta ocuparse este escrito.

En la primera parte de la presente lección se enunciaba que la educación posee una dimensión necesariamente espacial y colectiva, y que está fundamentada en la cercanía entre los actores del proceso de aprendizaje. El segundo bloque se ocupaba de impulsar en el campus un salto de calidad, de forma que la Arquitectura pueda acompañar en su actitud a la referida proximidad y empatía humanas.

La consecuente reflexión es que la referida dimensión espacial debe alcanzar cotas de calidad que estén a la altura de su importantísima misión: la formación integral de la persona. En el apartado precedente se desglosaban los diez principios que arman el bagaje teórico del "Campus Didáctico". Pues bien, dicho *corpus* conceptual atesora igualmente una vocación pragmática, de forma que combinen sentimiento, idea y acción o, expresado en otros términos, utopía y lugar. Por ello, corresponde en este epígrafe final delinear cuál debiera ser el resultado de semejante ensamblaje.

Retomando una de las premisas esenciales que estructuran el presente escrito, si el fin último de la Universidad es la instrucción plena del ciudadano, ello solamente será realizable en un escenario cultural construido por la colectividad humana. No son pocos los buenos arquitectos y profesores que se han comprometido con esta convicción, cual fuera el caso del buen amigo y maestro Julio Cano Lasso:

*"Alguna vez leí que la calidad de una cultura podría medirse por su capacidad de crear ambientes bellos y gratos, y es indudable que, a su vez, el ambiente ejerce fuerte influencia sobre quienes lo habitan, y puede tener un alto valor educativo. En edificios de enseñanza y, concretamente, en edificios universitarios este es un aspecto principal, y diríamos que forma parte esencial de su función".*²³

Ahora bien, si es plenamente asumible que la educación es un hecho espacial y colectivo, a esos adjetivos debe sumarse otro: afectivo.

No se debe entender el proceso formativo sin el ingrediente de la cercanía anímica. El profesor Sampedro señalaba como claves en la educación el amor al alumno y la provocación, desde la que despertar su interés proactivo por el aprendizaje. A partir de esta emotiva visión, cabe preguntarse, ¿en quién recae la responsabilidad de tal combinación de virtudes? Aparentemente, es el docente el primer encargado de guiar al estudiante por la senda de la motivación..., pero no el único. La Arquitectura puede y debe contribuir precisamente a la construcción del ambiente idóneo que estimule las actividades de enseñanza-aprendizaje. De esta manera, el comportamiento del profesor se verá acompañado y potenciado por el espacio físico.

Actitud humana y Arquitectura, desplegándose en paralelo, para propiciar el sueño de la Universidad y acompañarla en su camino hacia la *Eutopía*...

²³ Cano, Julio, *El entorno de los edificios universitarios*, Revista Urbanismo-COAM Num. 21, Madrid: COAM, 1993, p.36.

Es tiempo de cambio... Razonado, pero enérgico. Tiene que producirse un despliegue de pasión e inconformismo.

La Universidad de hoy exige un nuevo estilo. La calidad en su dimensión docente, investigadora o de proyección social debe cimentarse en un renovado perfil de actitudes en la relación profesor-alumno. Dejando atrás posturas vetustas y ademanes distantes, el buen maestro debe comprometerse con un estilo impregnado por la tríada de virtudes a la que apelaba Unamuno: aprender, resolver, ser. Y procurar no sólo que el alumno adquiera conocimientos, sino que ame el hacerlo.

Formar en valores y alentar el compromiso social son metas perfectamente compatibles con el adiestramiento en disciplinas de corte técnico o profesional. Y los garantes de llegar a tan deseable puerto son, en último término, las personas: ellas han de ser las canalizadoras de criterios, y también de afectos. Al hilo de esta sencilla argumentación, es preciso subrayar que lo más importante en una Universidad no son los profesores, sino los alumnos. Conviene matizar esto. Como acaba de exponerse, la calidad de una institución de Enseñanza Superior depende de la condición humana, expresada en profesores, alumnos y personal. Ahora bien, la vocación por el aprendizaje puede y debe acompañar al individuo a lo largo de toda la vida: ser siempre estudiante. Quiere así explicarse la aseveración anterior: los alumnos son decisivos en la Universidad porque todos los miembros de la comunidad que la vive y construye han de llevar en su alma la vocación por aprender. Un profesor verdaderamente vocacional debe siempre llevar un alumno dentro...

Es momento de avanzar con ambición razonada.

Profesores y alumnos son de quienes depende esencialmente el progreso hacia la excelencia. Pero no debe olvidarse que la Arquitectura puede aportar valores trascendentales que enriquezcan y espoleen ese progreso.

El maestro norteamericano Louis Kahn, explicaba con sencillez y contundencia que la Arquitectura es la traducción construida de la sociedad:

*"La Arquitectura siempre es la expresión espacial de la voluntad de una época"*²⁴

La obligación de todo universitario es comprometerse con la mejora de su Institución. En la encrucijada internacional que se está viviendo, no cabe otra postura que la propuesta de estrategias y acciones que combinen afán de superación y realismo. Sólo así podrá gestarse paulatinamente un futuro universitario cuya huella arquitectónica permanezca mañana como testigo del cambio producido.

²⁴ Mies van der Rohe, Ludwig, *Baukunst und Zeitwille!*, Revista *Der Querschnitt*, 4, 1924, num.1, p.31-32.

La educación es un hecho espacial, colectivo y afectivo, como se ha explicado líneas atrás. Como quiera que este último adjetivo encierra una elevada carga de significados, procede dedicarle algún argumento añadido. La formación de la persona afecta necesariamente al plano psicológico. Aunque sin pretender profundizar en este denso aspecto (del que se han ocupado avezados expertos a lo largo de la historia), es no obstante adecuado introducir algún vector de abstracción que ligue psicología y Arquitectura, ya que ello remite a la columna vertebral del presente escrito. Sirva como preámbulo lo que apunta el ya nombrado autor Rudolph Arnheim:

*“Cuando la mente humana organiza un cuerpo de pensamiento, lo hace casi inevitablemente en términos de imaginación espacial (...) El diseño de un edificio es la organización espacial de pensamientos sobre sus funciones. A la inversa, cualquier organización de pensamientos asume la forma de una estructura arquitectónica”*²⁵

Esta cita da pie a una reflexión: si la mente humana imagina ideas y éstas adoptan forma arquitectónica en el cerebro, podría aventurarse que –en paralelo– la “Arquitectura del Saber” se convierte en una forma de pensar y de transmitir. Arnheim añade:

*“Ya que las ideas humanas deben desarrollarse en el medio del espacio perceptivo, la arquitectura presenta encarnaciones del pensamiento cuando inventa y construye formas”*²⁶

En el espacio inmaterial de la mente se dibujan, pues, las estructuras de las ideas, carentes de dimensión material. Cuando dichas ideas devengan formas, traduciéndose al ámbito de la Arquitectura, ésta acaba configurándose como una proyección tridimensional de ese mismo pensamiento humano.

Como consecuencia de todo lo anterior, podría interpretarse que el campus es la proyección espacial del pensamiento y la intencionalidad docente, generado por la comunidad universitaria: se perfila así una suerte de “inteligencia estética” encarnada por la Arquitectura.

Establecidos los paralelismos anteriores, el siguiente nivel en el plano de la metáfora intelecto-espacial ha de sugerir que la actitud humana y la Arquitectura deben desempeñar una función similar ante la Universidad del futuro: construir un nuevo modelo de relación con el estudiante. Así concebido, el cuerpo edificado de la Educación Superior se ha de diseñar bajo la premisa de que exprese intencionadamente una sensibilidad comprometida y directa con el habitante del campus, una plasmación casi antropomórfica, en la que se manifieste un renovado paradigma en la escala humana de la Universidad.

²⁵ Arnheim Rudolph, *La forma visual de la Arquitectura*. Barcelona; Gustavo Gili, 2001, p. 213.

²⁶ Arnheim Rudolph, *Op. cit.*, p. 215.

Ser humano y espacio, como catalizadores de un cambio necesario.

En un escenario de excelencia universitaria, la Arquitectura se disuelve en humanismo, y la sensibilidad pedagógica cristaliza en espacios materiales. Unos espacios que adquieren la misteriosa magia de la ensoñación. Recordando al filósofo y poeta Bachelard:

"Así, la casa soñada debe tenerlo todo. Debe ser, por muy vasto que sea su espacio, una cabaña, un cuerpo de paloma, un nido, una crisálida".²⁷

No han sido pocos los autores que se han esmerado en defender que la Arquitectura posee la capacidad de instar un modo de vivir específico, resolviendo para ello sus proyectos en clave de respuesta formal a la función, pero expresando externamente con sutileza la razón de ser de su existencia:

"La forma de una escuela podría tener que ver con la conversación entre las distintas estancias –que es su naturaleza– y con la manera en que ellas se completan recíprocamente y enriquecen el ambiente circundante, comunicando la impresión de un "buen sitio para aprender" ".²⁸

En suma, la Arquitectura tiene capacidades expresivas, psicológicas y plásticas que trascienden su función como contenedor, y que la Universidad sabrá explotar con imaginación.

Educación, psicología y Arquitectura, impregnadas de humanismo.

Toda Universidad, acudiendo a la adecuada planificación, tiene a su alcance adquirir las cualidades inherentes a los principios que estructuran el concepto de "Campus Didáctico". Si lograda esa meta se consigue poner en valor una renovada actitud del profesor para con el alumno, y se activa la sincronía entre ambas facetas (espacial y humana), podrá llegarse al referido "lugar conveniente, bueno y feliz". Y la Universidad será capaz de exportar por ende un paradigma general al conjunto del entorno social, ya que, como señalaba Edgar Faure:

"La educación es a la vez un mundo en sí y un reflejo del mundo".²⁹

Aunando esfuerzos, las dimensiones humana y arquitectónica aportarán la energía necesaria para que la transformación de la Universidad hacia la excelencia tome carta real: la cristalización de la *Eutopía*, como la dibujó Santo Tomás Moro:

²⁷ Bachelard, Gaston, *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 98.

²⁸ Kahn, Louis, *Amo los inicios*. Madrid: Xarait, 1981.

²⁹ Faure, Edgar, *et al, Aprender a ser*. Madrid: Alianza Ed., 1973, p. 114.

"Me llamaron los antiguos, por insólita, Utopía. Competidora de aquella ciudad que Platón pensara y vencedora quizá, pues lo que en ella tan sólo en las letras se esbozara, supérela yo con creces en personas y en recursos y al dictar mejores leyes.

Siendo así que deberían, en justicia, desde ahora, darme el nombre de Eutopía".

Emulando por último a Paul Valéry en su obra *"Eupalinos o el Arquitecto"*, es tiempo de escuchar cantar a los muros de las aulas, y que el perfil de *Eutopía* en el cielo puro se torne monumento: el Saber, el ser humano y la Arquitectura construyendo una magnitud completa en la que vivir.

La Arquitectura es el instrumento del espíritu, para que la Universidad sea el escenario de la *Eutopía*.

Madrid, 16 de Septiembre de 2010